



Nota bibliográfica. “Historia de la cultura en México”

Boletín del Archivo General de la Nación, Secretaría de Gobernación, México, primera serie, tomo XXI, núm. 1, enero-marzo, 1950, pp. 173-175.

Muy pronto cuatro siglos cumplidos van a medir la distancia temporal que nos separa de la fundación y establecimiento de la Universidad mexicana, y como el hombre está tejido de la substancia del tiempo, es criatura de historia y por ende muy dado a las conmemoraciones. Es así, pues, que cual más cual menos, todos los de acá que por algún motivo tenemos arrimo a la vieja casa de estudios nos aprestamos a engalonar la fecha. Primogénito de esta codicia es el libro recentísimo que con título de Historia de la cultura en México, acaba de publicar D. Julio Jiménez Rueda para utilidad y solaz de los leyentes. Y pues que por razones de fortuna y circunstancia he sido, así lo creo, el primer peregrino de este nuevo camino que conduce a nuestro pasado, tócame la grata tarea de ser, así lo espero, el primero en su reclamo.

Una inicial advertencia es urgente: el autor ha constreñido su pluma a la Nueva España con ánimo, pienso, de proseguir en el empeño con un volumen primero que se retrotraiga a lo precortesiano y con otro tercero que se alargue a México independiente. Este volumen que ahora nos ocupa, será,

pues, a la larga, el segundo de una obra de mayor alzada y más completa. No incurramos, sin embargo, en un malentendido: este libro de Jiménez Rueda sobre la historia de la cultura de nuestro pasado colonial se sostiene por sí solo, porque es obra que satisface cumplidamente el propósito que le dió la vida, sin necesidad del concurso de sus futuros hermanos. Y en efecto veamos enseguida el inventario en grueso de su contenido como justificación de nuestro aserto.

Tras una breve introducción donde el autor declara la meta de sus desvelos, pasamos a un primer capítulo —“Prolegómenos de la colonización”— que es el cuadro del mundo histórico en que se despliega la empresa india. La conquista y la colonización de América por los castellanos es un voluminoso suceso cuyo significado nos elude si no lo contemplamos a la luz de las aspiraciones renacentistas que lo animan, pero al mismo tiempo a la sombra del legado medieval que lo vincula a la secular tradición católico-imperialista de la cual es España tan principal heredera y podríamos decir, albacea de su supervivencia. Y así, atendiendo el

autor a este doble reclamo dedica las iniciales páginas de su libro a fijar el tema sobre la cruz que forman ambas tendencias.

Preparado ya el tector a la aventura, que en todos sus detalles y accidentes mostrará siempre el dualismo de su génesis, podrá proseguir sin temor de extravió el largo camino de tres siglos que ocupa nuestra vida colonial. Once capítulos más son las otras tantas estaciones de oteo que el autor ofrece para considerar desde ellas los diversos y más fundamentales aspectos de esa vida. Viene primero una inspección del territorio y de su población; pasamos enseguida a mirar cuáles fueron y cuáles las instituciones sociales y políticas que dieron estructura a la Nueva España. Las relaciones entre Iglesia y Estado constituyen el nuevo paso, cuestión de suma importancia, no sólo por referirse a uno de los ejes capitales de aquel modo de vida y cultura, sino porque en su estudio encontramos agazapado el dualismo inicial de que ya hablamos, germen de disolución del Imperio. En efecto, desde temprana hora el autor nos hace asistir a la disidencia que turbó la presupuesta hermandad de cate-

dral y palacio, sorda y profunda pugna que, por debajo de engañosa apariencia, mina los cimientos del edificio colonial, para estallar a flor de historia en las postrimerías del siglo XVIII y para dejarle a la República ese legado de interna disidencia que, como dice el autor, llena toda la historia del siglo XIX mexicano.

El capítulo siguiente, el sexto, atiende a los problemas de la economía e industria coloniales sin incurrir en el frecuente olvido del significado que tuvo y aún tiene para nuestra vida el mercado de indios, el tianguis, tan celebrado por la pluma de cronistas y turistas, de propios y extraños. Aquí hacemos un alto. Detrás de nosotros ha quedado el cuadro institucional de la Nueva España; en lo que falta vamos a penetrar en la esfera de las ideas, las letras, el arte, la educación y las costumbres, buenas y malas, el cuadro cultural, en suma, del viejo virreinato. Sendos capítulos dedica el autor a los temas enunciados. Bajo el título de "Ideario de la época" examinemos en su compañía el humanismo mexicano; la huella que acá nos dejó Erasmo; el barroco y la contrarreforma, y por últi-

mo, la ilustración y la modernidad tan teñida de preocupación científica. En "Las letras", encontramos, entre otras hermanas, la historiografía, la lírica, la mística, el teatro y el periodismo, con un aparato final dedicado al lenguaje y a la paremiología. El "Arte" comprende la plástica y la música coloniales; la "Enseñanza" nos ofrece el panorama general de las escuelas, de los colegios y de la Universidad, y en el capítulo de "Vida y costumbres" asistimos a ceremonias civiles y religiosas, a fiestas y a los públicos espectáculos en que los coloniales nuestros padres distraían sus ocios. No omite el autor, y hace bien, dedicar un último apartado al arte culinario, una de las cumbres, a no dudarlo, de nuestra cultura.

Una honda y compleja crisis acarrea la ruina del Virreinato; el viejo encono del criollo rompe el dique secular a sus anhelos, y estamos ya a la puerta donde, a punto de dar el grito, nos espera Hidalgo y su bandera. Aquí, pues, cerramos el libro, no menos ricos que agradecidos por el botín de Nueva España que traemos a cuestas.

Toda obra lleva un propósito que le da vida y sentido, y su bondad estriba

en la manera en que el autor cumple. ¿Cuál, entonces, es el que anima a este libro? Expresamente nos lo dice Jiménez Rueda. Se trata de un ensayo de integración de los conceptos dispersos hasta ahora sobre todos los aspectos de la vida mexicana colonial; no es, sin embargo, un libro polémico que aspire a dirimir controversias, ni en él se propone tesis alguna. Tampoco pretende agotar temas; "ni ir más allá de lo que hasta ahora han explicado los especialistas". Se trata, pues, de un panorama general sintético que tiene por objeto presentar a un golpe de vista nuestro pasado inmediato. Creo, entonces, que el autor ha satisfecho cumplidamente su intento, y al hacer esto, el autor ha venido a llenar una laguna en nuestra producción historiográfica que hace mucho precisaba llenar. Difícilmente pueden encontrar el estudiante y el estudioso una mejor manera para introducirse al conocimiento de la cultura de la Nueva España, que no sea con la lectura de este reciente libro del señor Jiménez Rueda.

Edmundo O' Gorman.—(Rúbrica.)